

Exceda, oh Dios, la alteza de tu gloria;
 Las regiones postreras
 Del mundo á su memoria
 Monumentos consagren en la historia.

Cobarde y encojido
 Me traían los lazos que me armaron,
 Y el foso tan temido
 Con que el paso cortaron,
 Y ellos al fin en él se sepultaron.

Mi pecho con presteza,
 Con presteza mi pecho se prepara
 A cantar la grandeza.
 La prez ilustre y clara,
 Oh Dios, de tu virtud que así me ampara.

Ven, estro numeroso,
 Gloria de mi divina poesía,
 Salterio armonioso,
 Canta cítara mia,
 Venid á mi cantar, que raya el dia.

Cantaré de tal modo
 Tu grandeza, Señor, que reverente
 Te alabe el mundo todo,
 Y de una en otra gente
 Sonarás en mis versos dulcemente.

Cantaré la grandeza
 De tu misericordia, que del cielo
 Sobrepuja la alteza,
 Y el encumbrado vuelo
 De tu verdad sobre el eterno velo.

Las celestes esferas
 Exceda, oh Dios, la altura de tu gloria;
 Las regiones postreras
 Del mundo á su memoria
 Monumentos consagren en la historia.

Injustamente acusado David de soberbio por Saúl y sus partidarios, pone por testigo al cielo de los sentimientos de su corazón, y prorrumpo en este hermoso himno.

Señor, al pecho mio,
 La vanidad no altera,
 Ni con mirada fiera,
 Con orgulloso brio
 Soberbia se mostró.

Ni la soberanía,
 Ni la encumbrada alteza,
 Ni excelsa la grandeza
 Para la suerte mia
 Nunca apetecí yo.

Si vano y engreido
 Con el presente estado,
 Viéndome ya elevado,
 Echar pude en olvido
 La suerte en que nació;
 Como del tierno infante
 En lágrimas deshecho,
 Y del materno pecho
 Privado en un instante,
 Así sea de mí.

Así que desde ahora
 Del uno al otro polo
 En el Señor tan solo,
 Que humilde y fiel adora,
 Esperará Israel.

Y ya desde este dia
 Por eternas edades
 En sus altas piedades,
 En su gracia confía
 Y solo espera en tí.

Para colmar las amarguras que afligieron á David en su destierro, debia añadirsele la noticia de la suerte de Michol. No habia dado éste ni consentimiento, ni carta de divorcio de que ella pudiese aprovecharse, y sin embargo Saul la dió por esposa á Faltiel, hombre de su tribu, bien fuese para vengarse de su enemigo, con este nuevo acto de injusticia, bien fuese para apartar á su hija de aquella especie de viudez á que la condenaba la ausencia de David. Sea como fuere, esto era contrario á las instituciones del país y al derecho natural, segun el cual el hombre y no la mujer podia encontrar en materia de poligamia cierta tolerancia. Así, pues, David, que en su huida habia por su parte tomado por mujer á Abigail, viuda de Nabal, no se creyó obligado á tener por legítimo y verdadero el nuevo enlace de Michol; y desde el momento en que por el cambio de fortuna y por su subida al poder se vió en estado de dictar condiciones, su primera palabra fué para la hija de Saul, tierno y querido objeto de una afeccion por tan duras pruebas contrastada.

Saul, empero, acababa de perecer con Jonatás y otros dos jóvenes príncipes en una batalla dada contra los filisteos, cerca de Gelboé. Así terminó su agitada carrera ese primer monarca de Israel, reprobado por Dios, y la figura de la Sinagoga, mientras que el perseguido David lo era de la Iglesia: de ese rey que, á pesar de ser ungido por el Señor, perdió lastimosamente el reino y la vida en castigo de sus delitos, y sobre todo de su inícuo y tenaz persecucion contra el inocente hijo de Isaí.

La última batalla fué sangrienta y terrible. Los israelitas, tantas veces vencedores, volvieron las espaldas á los filisteos, cubriendo con sus cadáveres las alturas y faldas de Gelboé; los enemigos, en la embriaguez de la victoria, se arrojaron sobre Saul, y sus hijos Jonatás, Abinadab y Melquisua. A estos tres los pasaron á cuchillo, y toda la fuerza del combate vino á descargar sobre el desgraciado monarca, á quien alcanzaron los flecheros é hirieron de gravedad. Dijo entonces el herido Saul á su escudero: "Desnuda tu espada y quítame la vida, porque no lleguen

estos incircuncisos y me maten, añadiendo la burla á la crueldad." Horrorizado su escudero, se resistió á obedecerle, pero el furioso Saul se arrojó sobre su espada, y quedó inundado en su propia sangre. El escudero, al ver muerto á su señor, echóse él mismo tambien sobre su espada y murió junto con él. Tal fué el fin desastroso de aquella ominosa lucha.

Los israelitas que vivian en la otra parte del Jordan, viendo que habian huido los soldados de Israel, y muerto Saul y sus hijos, abandonaron despavoridos sus ciudades y escaparon; y vinieron los filisteos y se alojaron en ellas. Al amanecer del dia siguiente fueron los filisteos á despojar á los muertos, entre los cuales hallaron á Saul y á sus tres hijos tendidos sobre el Gelboé. Y no saciados aún en su venganza, no respetaron el cuerpo de Saul, le cortaron la cabeza y le despojaron de sus armas, y enviaron la noticia por todo el país de los filisteos, para que tan cumplida victoria se publicara en el templo de los ídolos y en los pueblos. Colocaron las armas de Saul en el templo de Astaroch, y colgaron su cuerpo en el muro de Bethsan, como fúnebre y sangriento trofeo de su triunfo.

Los moradores empero de Jabes Gabaad, no pudieron sufrir que así se insultaran los restos de su infeliz monarca: salieron los mas esforzados con el denuedo propio de quien sale á vengar á costa de su vida un oprobio que la insolencia hace á la desgracia. Infatigables y despreciando los peligros, anduvieron toda la noche, y lograron al fin quitar los cadáveres de Saul y de sus hijos del muro de Bethsan, y al regresar á Jabes de Gabaad los quemaron, aunque no era esta la costumbre comunmente admitida entre los hebreos; pero quizá circunstancias particulares les obligaron entonces á conceder á los restos de aquellos príncipes los honores de la pira. Y recogidos sus huesos, les dieron sepultura en el bosque de Jabes, ayunando siete dias en señal de luto y de dolor.

Mas se olvidaban los filisteos, orgullosos en su victoria, que David vivia aún. Muerto Saul, dos dias habia ya que David se hallaba en Sisecleg de vuelta de la derrota de los amalecitas; pues

miéntras las armas de Israel sucumbian en Gelboé, David el intrépido, las hacia triunfar contra los hijos de Amalec. Al tercer día compareció un hombre venido del campamento de Saul, rasgados sus vestidos, y cubierta de polvo la cabeza, el cual declaró al jóven guerrero la muerte de Saul y de sus hijos y la derrota de su ejército. Este hombre era un amalecita. "Llegué yo casualmente, dijo, al monte Gelboé, al tiempo que Saul se habia arrojado sobre la punta de su lanza. Y viendo que los carros de guerra y caballería se le acercaban, me pidió que le acabase de matar; pues estoy ya en la agonía, me dijo, y no acaba de arrancárseme el alma. Le acabé de matar, pues, seguro de que despues de tal desastre no podria sobrevivir. Tomé la diadema de su cabeza y el brazalete de su brazo, y te lo traigo á tí que eres mi señor."

Al oír la nueva fatal, David asió sus vestidos y los rasgó en señal de profundo dolor, haciendo lo mismo cuantos con él estaban: castigó de muerte al amalecita por haber puesto sus manos, segun él decia, sobre el ungido del Señor, y prorrumpió en aquel fúnebre cántico llamado del Arco, que mandó se enseñase á los hijos de Judá, para que llorasen con él la muerte de Saul y de su hijo Jonatás. En esos golpes terribles de la mano de Dios es cuando el génio se exhala naturalmente con la voz del dolor, y procura levantar sobre las losas de su sepulcro ilustre un monumento glorioso, que perpetúa en la posteridad las virtudes ó las grandezas del finado. Hé aquí el cántico.

¡Ay, como se ha eclipsado
Ya tu gloria Israel, si consideras
Los bravos campeones
Que en tus montes han dado
Sus vidas hoy al pié de sus banderas!
Tus ínclitos varones,
Israel, has perdido
Hoy en esa montaña.
¿Cómo así han perecido

Los valientes, que siempre tanto fueron
Temibles en campaña?

No lo sepa el Geteo,
Ni se diga en las plazas de Ascalona;
No las hijas lo canten
Del vano filisteo,

Y gozosos su triunfo y su corona
Hasta el cielo levanten.
Ocultad en profundo
Silencio vuestra afrenta,
Que no la sienta el mundo,
Ni la hija del vil incircunciso
La celebre contenta.

Ni lluvia, ni rocío,
Montes de Gelboé desventurados
Caigan e vuestro suelo;
Ni diligente pío
Agricultor encuentre en sus sembrados
Con qué aplacar al cielo.
Pues ahí (ya el escudo
De los fuertes rendido)
Saul, de golpe crudo
Penetrado, cayó, cual si no fuera
Con óleo santo unjido.

Nunca mal dirigida
De Jonatás la flecha penetrante
Voló al campo enemigo,
Ni de sangre teñida,
Dejó de aparecer un solo instante
De su gloria testigo.
De Saul en la mano
Jamás la ardiente espada
Se vió brillar en vano;
Ni sin domar al enemigo fiero,

Volvió á verse envainada.
 Amables y agraciados
 Saul y Jonatás, miéntras vivian,
 Hasta en la muerte dura
 Se vieron igualados;
 Que ni para morir se dividian.
 Ambos en la bravura
 Mas eran que leones:
 Su presteza y soltura
 Al vuelo de las águilas venciera
 Del aire en las regiones.
 Haced amargo duelo,
 Oh de Israel bellísimas doncellas,
 A Saul que os traía
 De léjos á este suelo
 El oro y la escarlata, que mas bellas
 Y ricas os hacia.
 ¡Guerra desoladora!
 Así acaba tu saña
 Con los fuertes que llora
 Mi alma. ¡Ay, caro Jonatás, herido
 Y muerto en la montaña!
 Por tí lamento y lloro,
 Amado Jonatás, hermano mio.
 ¿A quién no arrebatará
 Tu gracia y tu decoro?
 Todo amor me parece insulso y frio,
 Si el amor se compara
 Que yo á tí te tenia.
 ¿Qué jóven á su esposa
 Amar así podia?
 ¿Ni qué al hijo unigénito la madre
 Mas tierna y cariñosa?
 ¿Cómo así han perecido

Los fuertes de la tierra.
 ¡Ay de Israel vencido!
 Que con ellos en tí ya se acabaron
 Las arma de la guerra.

El trágico Alfieri, notable por la robustez y energía de su coturno, recibió de la muerte de Saul una feliz inspiracion para uno de sus mas bellos dramas. Su *Agamenon* puede citarse como un modelo por la ordenacion y tejido de la fábula, y por el arte de deducir las escenas y los actos el uno del otro. El *Oréstes* nos parece la mas bella de sus tragedias, y una de las mas admirables que hayan podido presentarse sobre un teatro. Pero en la tragedia de Saul se hallan felizmente presentado los caracteres de los personajes. El monarca de Israel, para cualquiera que admita el fatal castigo de Dios por haber desobedecido á los sacerdotes, muéstrase cual debia aparecer en la escena. Mas aún para quien no admitiera esta mano vengadora de Dios que sobre él pesaba; bastará el observar que Saul, creyendo tener bien merecida la ira del Señor, por esta su sola opinion fuertemente concebida y arraigada, podia muy bien caer en aquel estado de turbacion, que le hace no ménos digno de piedad que de admiracion. David, amable y valiente jóven, pudiendo desarrollar principalmente su natural bondad, la compasion que le inspira Saul, el amor que á Jonatás y á Michol profesa, su sincero respeto á los sacerdotes y su magnánima confianza en solo Dios, viene á hacerse con este conjunto un personaje á un mismo tiempo oportunísimo y maravilloso. Michol aparece como una esposa tierna y una hija obediente, y no podia ser otra cosa. Jonatás tiene de sobrenatural quizá mas que David, y de ello necesita en esta tragedia para mirar con buenos ojos al jóven David, el cual, preconizado ya rey por los profetas, sin una ayuda especial de Dios, debia parecer á Jonatás mas bien un rival temible que un hermano. El efecto que hace en él esta especie de amor inspirado, y su entera resignacion al divino querer, es

el hacerlo sumamente afectuoso en todos sus dichos al padre, á la hermana, al hermano político, y digno de admiracion sin inverosimilitud á los espectadores. Abner es un ministro guerrero, mas amigo que siervo de Saul, y no tan vil en sus designios, como ejecutor de los mandatos tal vez crueles de su amo. Sin embargo, su antipatía al justo é inocente David, no puede dejar de hacerle repugnante á una alma noble y generosa. Achimelech es introducido aquí con el único fin de tener un sacerdote que descubra la parte amenazadora é indignada de Dios, mientras que David no despliega mas que la parte piadosa. Pero este personaje no era absolutamente necesario.

En esta tragedia el autor ha desenvuelto tal vez mas que en las otras aquella perplejidad del corazon humano tan mágica por su efecto, por la cual un hombre agitado por dos pasiones contrarias absolutamente, quiere y no quiere una misma cosa. Esta lucha de la voluntad consigo misma, esta perplejidad es uno de los mayores secretos para producir conmocion y suspension en el teatro. El autor tal vez por la poca perplejidad de carácter, no comprendió este recurso del arte en sus primaras tragedias y en esta le ha adoptado en cuanto le ha sido posible. En esta parte Saul puede llamarse un personaje mucho mas hábilmente caracterizado que todos los héroes precedentes. En sus lucidos intervalos ora agitado de envidia y de sospechas contra David, ora del amor de la hija para con su yerno, ora irritado contra los sacerdotes, ora penetrado y compunjado de temor y de respeto para con Dios; en las horribles tempestades de su trabajado pensamiento y de su exacerbado y oprimido corazon, ya sea piadoso, ya feroz, nunca aparece despreciable ni absolutamente odioso. Con todo esto, un rey vencido que se dá la muerte á sí mismo con su propia mano, para no ser la burla y la víctima de los vencedores que están para echarse sobre él, es un accidente asaz ménos trágico que los demas presentados ántes por el autor.

Para ligera muestra de la profunda sensibilidad que encierra esta produccion sublime, recordaremos la tierna despedida de

David y Michol, cuando obligado aquel á desterrarse de la presencia de Saul por el ódio que este le profesaba, ruega á Michol que le deje ir solo y errante, y que ella se quede á endulzar los últimos y amargos instantes del desesperado padre. La batalla se habia perdido: Saul era perseguido de muerte por los vencedores. David debia alejarse para siempre del suegro á quien amaba, y á quien no podia ya defender. Sigue á esta escena de angustia la muerte de Saul que concluye el drama.

Quedóle aún un hijo á Saul que se propuso reinar bajo la tutela y con la proteccion de Abner, pariente suyo, general experimentado, pero ambicioso. Efectivamente, la nacion casi toda se sometió á la autoridad del jóven rey, cuyo nombre era Iboeth. En un principio David no fué reconocido sino por los hombres de Judá, y tenía su residencia en Hebron, que por ello adquirió celebridad, y allá fueron á encontrarle los guerreros de su tribu. Estos le dieron de nuevo la uncion real, para mostrar sin duda su asentimiento á la eleccion hecha por Samuel, y proclamar solemnemente un derecho hasta entónces contestado. El partido del hijo de Saul duró mas de doce años enteros, durante cuyo largo periodo la guerra, aunque flojamente conservada, arraigó una division secreta que el porvenir hizo estallar, y que despedazó la nacion de una manera irreparable en la muerte del heredero de David. Nada prenunciaba que la débil monarquía de Hebron debiese extenderse velozmente sobre todo el pais, cuando Abner, resentido de una repension de su señor, ó mas bien, de su pupilo (y este resentimiento venia por causa de una mujer), le amenazó en términos, de abandonar su causa y hacer que el pueblo desertase de ella. Y en efecto, envió desde luego confidentes que dijese de su parte al rey de Judá: "¿A quién pertenece todo este país sino á tí? Haz amistad conmigo, que yo te ofrezco todas mis fuerzas, y reducir á tu obediencia á todo Israel." David tenia derechos, y hallando un medio de defenderlos sin efusion de sangre, le aprovechó acojiendo los ofrecimientos del vengativo soldado. "Bien está, respondió por medio de

los diputados, yo haré alianza contigo; pero una cosa exijo de tí y te prevengo, y es que no verás mi cara, sin que primero me hayais traído á Michol, hija de Saul: bajo esta condicion podrás venir para tratar conmigo." Bien seguro de que en adelante un deseo apoyado por Abner, no sufriria contradiccion, David volvió á demandar á Michol al jóven príncipe rival suyo, añadiéndole que Saul su padre se la habia dado por esposa por haber muerto cien filisteos. Intimidado el jóven monarca, dió orden á Phaltiel para que le enviase la princesa, y la mandó conducir á su primer esposo por Abner, á quien Iboeth no se hubiera atrevido á excluir de aquella mision. Porque cuando Dios quiere extinguir las dinastías, las empuja hácia el abismo con una rapidez que las hiere como un vértigo, por manera que no ven ni cómo retroceder sin caída, ni cómo avanzar sin perderse.

Entre tanto el imperioso Abner disponia en favor del rey de Hebron el espíritu de todo el pueblo, y en particular la tribu de Benjamin, á la que pertenecia la familia de Saul. "Tiempo hace, decia, que deseais tener á David por rey: ha llegado ya la hora: el mismo Jehová lo designó cuando dijo: Por mano de mi siervo David arrancaré mi pueblo del poder de los filisteos y de todos sus enemigos." Así es como Abner, inspirado por la venganza, reconocia unos derechos que solo la ambicion le habia hecho combatir. Despues de haber desquiciado y destruido la causa de su primer señor, fué á unirse con el nuevo con veinte amigos decididos. Abner, ya en su tiempo, era el verdadero tipo de la mayor parte de nuestros políticos, cuya adhesion á determinadas personas está dirigida únicamente por miras ambiciosas, dispuestos á vergonzosas defecciones, siempre que así lo reclama su interes ó su engrandecimiento. Si Abner obró contra sus propias convicciones, hizo traicion á sus sentimientos: si no tenia ninguna, como tantos que despues le han imitado, fácil le fué sin duda mudar de señor y jugar con la fidelidad segun las exigencias del momento ó los impulsos de una pasion vengativa. Abner llevaba consigo á Michol, triste é inocente víctima de las rivalidades po-

líticas de su padre y de su esposo. Mas Phaltiel no podia resolverse á dejarla, y la siguió hasta Baurim, en cuyo lugar Abner le mandó que se volviera: y la dejó derramando amargas lágrimas. Era indispensable que Abner hiciese retirar á Phaltiel antes de llegar á Hebron.

Michol parecia ser la buena estrella de David: con ella en otro tiempo una luz de serenidad habia iluminado su vida: lejos de ella le habian rodeado las inquietudes y los peligros; y al volver á encontrarla, vió reaparecer su felicidad que por tanto tiempo se habia desvanecido. Los acontecimientos parecian doblarse bajo su destino para obedecerle. Abner murió asesinado por motivos de venganza: el rey de Israel cayó al filo de dos traidores. Supo el pueblo de una manera indudable que las manos de David estaban puras y limpias de aquella sangre criminalmente derramada. Todas las tribus, pues, representadas por sus ancianos, y por los principales guerreros, vinieron á saludarle en Hebron y á proclamarle rey. Allí se vieron los hijos de Juda, llevando el escudo y la lanza, enteramente armados para los combates; los de Efraim, fuertes y valerosos y con grande fama de intrepidez; los de Isachar, dotados de inteligencia y discrecion, y cuyos consejos eran de gran peso en el ánimo de sus hermanos. Veíanse tambien allí á Zabulon, de valor ejercitado, Azer, ardiente en la pelea, Dan, Neftali y las tribus que habitaban á la otra parte del Jordan, todos fieles y decididos á ocupar su puesto con un corazón inflexible y prontos á sostener el choque impetuoso del enemigo. Una fiesta que duró tres dias los reunió á todos, estrechando mutuamente sus sentimientos de concordia, y la nacion entregada á la paz, rebozaba de alegría.

David sentado apenas sobre el trono de Israel, volvió sus armas contra los jebuceos, resto de la poblacion indígena que se conservaba despues de cuatrocientos años en medio de los israelitas, y que ocupaba una de las tres montañas contenidas en el recinto de Jerusalem. El alcázar de Sion, en donde esos restos de pueblo indígena se habia acantodado, pasaba por inexpugna-

ble. Sin embargo, David, ofreciendo un premio á los mas osados, se apoderó del alcázar y volvió á edificarle dándole su nombre, por lo cual se llamó despues la ciudad de David. Añadió á ella una extension considerable de terreno, hizo construir varios edificios alrededor é interiormente, y engrandeció la ciudad, haciendo retirar las murallas hasta un barranco que servia de foso. La fama del nuevo monarca no se circunscribia ya á los límites de la antigua Canaan. Hiram, rey de Tiro, admirando las eminentes calidades de David, é informado de sus proyectos, le envió embajadores para felicitarle por su advenimiento definitivo al trono de Israel, ofrecerle con su amistad considerables presentes, y poner á su disposicion hermosos cedros del Líbano, y una multitud de operarios hábiles en trabajar la madera y la piedra. Con tales recursos acabó David la construccion de su magnífico palacio, mansion deliciosa, desde donde la vista domina por la parte del Este el valle del Juicio y se extiende hasta el Jordan al travez de la cima cortada de las colinas; mansion de inspiracion santa, que domina asimismo el curso del Siloé, el de las ondas poéticas, y que tantas veces oyó las armonías tan dulces y tan sublimes que ningun eco sobre la tierra suspiró al sonido de mas grandiosos objetos! Bajo la mano de David Jerusalem pasó á ser desde luego la mas bella y mas considerable ciudad del pais, el centro del gobierno y el punto de reunion para las principales ceremonias del culto religioso. El príncipe hizo trasladar allí el arca santa que habia quedado por espacio de cerca de cincuenta años bajo la custodia de los levitas en una aldea de la tribu de Judá.

Magnífica y pomposa fué la fiesta de esta traslacion: habíase reunido una multitud innumerable: todas las tribus habian enviado sus diputados: arpas, trompetas, numerosos instrumentos músicos resonaban de léjos y acompañaban cánticos de júbilo. Los levitas llevaban el Arca santa. La comitiva se detenia con frecuencia para inmolar víctimas, y volvia á seguir su marcha triunfante al son de himnos incesantes.

“Cantad un nuevo cántico sonoro
Al Dios á quien adoro: nueva oda
Cante la tierra á su grandeza.
Cantad, y con presteza, de su nombre
Bendiga todo hombre la dulzura;
Y se extienda la voz de dia en dia
De la salud que envia á los mortales.
Suenen iguales por el aire vano
Voces en que al pagano se publique
Tambien y magnífique de su gloria
La loable memoria; y en ciudades
Pueblos y merindades, y en las villas
Sepa sus maravillas igualmente
Toda nacion y gente: sepan todos
Que es grande de mil modos, y plausible
El Señor y terrible, que supera
Los dioses que venera de la vana
Supersticion pagana el error ciego:
Pues se conoce luego, que demonios
Son, por mil testimonios evidentes
Los dioses de las gentes, y que solo
El Hacedor del polo y alto cielo
El Dios que nuestro suelo fiel adora.
Canta la voz sonora la alabanza,
La hermosura que alcanza y la belleza
De su rostro, la alteza y la admirable
Santidad adorable de su pura
Santísima natura. Traed dones,
Oh gentes y naciones: á alabarlo
Llegaos y ensalzarlo con honores
Al Señor de señores: y á su santo
Nombre, que puede tanto con festiva
Gloria decid que viva, y reverentes
Ofrecedle presentes, y con ellos

Entraos en los bellos, espaciosos
 Atrios, y tan hermosos, de su casa,
 Y adoradlo sin tasa allí rendidos
 A su piedad asidos. Tiemble el mundo
 Con espanto profundo del severo
 Semblante justiciero, si presente
 Vé al Dios Omnipotente. A las naciones
 Decid y dad pregonos del gobierno
 Del Señor Dios eterno que corrige
 Al Orbe y lo dirige, más seguro
 Y estable que del muro la firmeza
 De róbica fortaleza, que ni ariete
 Ni máquina lo inquiete. La balanza
 De su justicia alcanza á toda gente
 Y pesa justamente. Ya la esfera
 Del cielo placentera, y el terreno
 Globo de gozo lleno, y el undoso
 Mar ancho y espacioso se conmueve
 Con un plácido y leve movimiento,
 En dulce sentimiento de alegría.
 Y ya el campo, la umbría y el ganado
 Todo regocijando se alboróza,
 Y en la selva retoza el árbol mudo;
 Porque conocer pudo, que ya viene
 El Dios que lo mantiene, juez severo
 Que juzga al mundo entero, y con justicia
 Y con verdad condena su malicia.

 Traed aquí corderos,
 Traed al Ara Santa
 A inmolar al Señor, oh verdaderos
 Hijos de Dios, y dadle honor, y cuanta
 Gloria podais; dad gloria á su gran nombre.
 Adoradlo aquí ahora,

Adoradlo en el átrio donde mora,
 De la voz poderosa
 El eco ya resuena
 Del Señor en la nube tenebrosa:
 El Dios de magestad es el que truena.
 Oído en el estruendo de las aguas:
 Voz es de fortaleza,
 Voz es de magestad y de grandeza,
 Voz del Señor del cielo,
 Que los cedros quebranta,
 Del Líbano los cedros por el suelo:
 Y cual con leve planta
 Brinca el rinoceronte y el cabrito
 Saltando en los ribazos,
 Así van por el monte hechos pedazos.
 Voz que dá el estallido
 Del rayo fulminante
 Apagando la llama; y sacudido
 El desierto con trueno resonante,
 El desierto de Cades se conmueve,
 Y á la voz espantosa
 Del Señor, se extremece y no reposa.
 Voz que el Señor envía
 Del remoto horizonte,
 Y al resonar entre la selva umbría,
 Ante el cerrado monte,
 Y de su hojoso toldo lo desnuda,
 Y el ciervo temeroso
 Busca en vano su asilo y su reposo.
 Mas al pueblo felice
 Junto en el templo santo,
 La gloria del Señor publica; y dice,
 Libre, alegre segura y sin espanto:
 El Señor reina en medio del diluvio,

«Y reina eternamente
«Sobre la nube y sobre el rayo ardiente.»

Y el Señor á su pueblo religioso
Feliz hace en la guerra y victorioso,
Y en paz sobre la tierra asegurado;
Y libre de recelo,
Su bendicion le envía desde el cielo.

Al canto de este y otros himnos, compuestos por el mismo David y repetidos por millares de voces, este rey, trasportado por la violencia de sus piadosos sentimientos, danzó delante del Arca. Michol, que estaba mirando desde una ventana la marcha de la solemne comitiva, reparó con despecho los candorosos trasportes á que el rey se abandonaba, y despreció en su corazon lo que ella miraba como un olvido ó una humillacion de la majestad real.

Así cuando, terminada la ceremonia, David volvió á entrar en su palacio, Michol, saliendo á su encuentro, le expresó su pena en términos llenos de la mas sentida ironía. «¡Qué bella figura, dijo, ha hecho hoy el rey de Israel, despojándose de sus insignias delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose ni mas ni ménos que si fuera un bufon!» David, empero, con aquella sinceridad religiosa que presta á los verdaderos creyentes cierto aire de sencillez pero de decision; y que escuchádoles con toda la inviolabilidad de una conciencia profundamente convencida, les hace superiores á todas las injurias y á todos los desdenes, respondió: «En verdad delante de Jehová, que me elijió en lugar de tu padre y de tu descendencia, y que me mandó ser el caudillo del pueblo del Señor en Israel, bailaré yo y me abatiré mas aún de lo que he hecho; y me haré despreciable á mis propios ojos, y á los de las criadas ó mujeres de Jerusalem de que tú has hablado, pareceré mas glorioso.» En efecto, léjos de suprimir ó debilitar la pública expresion de sus sentimientos religiosos, concibió el rey el proyecto de erijir un templo digno del Eterno; y si dejó este cuidado á su sucesor, fué despues de haber recibido orden para ello de boca de un profeta.

Michol murió sin posteridad. Los últimos años de su vida han desaparecido enteramente entre los resplandores con que la historia envuelve el nombre de David. Porque sin olvidar la legislacion de Moisés, que no se habia propuesto por cierto crear un pueblo conquistador, David se vió obligado á no dejar nunca la espada de la mano, y á sostener contra sus vecinos luchas sangrientas, en las que se cubria de gloria. Por lo demas, este monarca se unió vivamente á Dios, que es justicia y verdad; y nunca se autorizó de sus victorias para sustraerse al imperio de la ley. Verdad es que hubo un dia en que su virtud se eclipsó; pero á lo ménos recobró por el arrepentimiento el lugar que habia perdido por el crimen delante de Dios y de los hombres, y bajo este título merece ser presentado como un ejemplo eterno, no solamente á los que mandan, sino tambien á los que obedecen.

